

sentencia que los ha condenado á suplicios eternos; pero no aborrecemos por esto sus personas. Así tambien Dios condena al pecador, sin aborrecer el sér del mismo, y movido sólo por la santidad de su justicia que reclama que toda culpa tenga su pena. Pues bien la Caridad de Dios debe ser el modelo de la nuestra.

PERORACION. — Hermanos carísimos, al hablar del prójimo, á quien debemos amar, advierto que he sido víctima de un olvido que quiero reparar al concluir. Me refiero á personas muy caras, á amigos, á hermanos, que merecen de parte nuestra el amor mas tierno, el mas vivo interés. Vuestra fé, vuestra piedad habrán adivinado, cuales son esos amigos, esos hermanos; son las almas del purgatorio. Sí, caros difuntos, vosotros sois nuestro prójimo y debemos amaros como á nosotros mismos. ¡ Desgraciado ! el que no os ama, ¡ desgraciado ! el que os olvida; ¡ tres veces desgraciado ! el que no piensa en sus padres ó parientes difuntos... Para ese tal, lo aseguro bajo la palabra de Jesús, la medida de la misericordia será estrecha, porque no tuvo fé, ni corazon, ni caridad... Carísimas almas del purgatorio, quiero reparar mi olvido y decir con toda la fuerza, de que soy capaz, que se os debe amar, y que la mejor manera de testificaros nuestra afeccion, es el ofrecer sacrificios y sufragios por vosotras.

Contemplad, hermanos carísimos á esos padres, esas madres, esos parientes, esos amigos, que habeis visto echados en sus féretros; si ellos pudieran levantarse y estrechar vuestra mano con la suya y vuestro corazon con el suyo, ¿ sabeis lo que os dirían?... « A tí, hija mía, pido una decena de rosario; una comunión hecha en mi sufragio; á tí, hijo mío, un *De profundis*; á vosotros todos que nos habeis conocido, un recuerdo en la presencia de Dios... Así nos probaréis vuestro amor y nos aliviaréis en nuestras penas... » Pero, ¡ ah ! hermanos carísimos, ellos yacen en el cementerio, ellos no se levantarán hasta que oigan el sonido de la trompeta del juicio final. Soy yo quien os habla en lugar suyo, quien os hace en su nombre este llamamiento, quien estrecha vuestra mano con la suya, y que al hablaros en su nombre y en nombre de la santa Iglesia, de la que fueron miembros, os digo: « Pensad en

vuestros prójimos del Purgatorio y rogad por ellos... » ¡ Haced, o Dios de misericordia, que este llamamiento sea escuchado !... Así sea.

DÉCIMA SEXTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DÉCIMA CUARTA INSTRUCCION.

DEBEMOS AMAR CON AMOR DE CARIDAD, 1° TODOS LOS HOMBRES;
2° HASTA A NUESTROS ENEMIGOS.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete; quod est vinculum perfectionis.* Mas sobre todo tened caridad, que es vínculo de perfeccion.

(EPIST. AD COLOSS. c. III, v. 14).

EXORDIO. — Hermanos míos, en la última instruccion que os hice, os decía que estábamos obligados á amar con amor de caridad, es decir por Dios, y porque le glorifican, primero á la Virgen Santísima, depues á los ángeles y santos que son nuestro prójimo en el cielo... Añadía, al terminar, que debíamos estimar igualmente las almas del purgatorio, hermanos dignos verdaderamente de interés, almas que glorifican tanto mas al Señor, cuanto sabiendo, que las prueba en fuerza de su amor y misericordia, bendicen su divina justicia ¡ Ah, hermanos carísimos, al considerar la caridad en todos esos dilatados horizontes, cuán bella se nos presenta y como aparece ser ella claramente la reina de las virtudes !...

¡ Oh augusta Virgen María, en el seno de la Caridad, vos sois á la vez mi hermana, mi madre, mi apoyo !... Mi hermana, porque, como yo, sois vos una criatura de Altísimo; mi madre, porque al

pié de la Cruz Jesucristo os entregó por hijos á todos los cristianos ; mi apoyo, porque vos no usais de vuestro poder y valimiento, sino para salvar las almas, que andan errantes por el destierro de esta vida... Angeles, Arcángeles, nobles patriarcas, gloriosos apóstoles, valientes mártires, cándida cohorte de las Virgenes, vosotros sois mi prójimo ; y sí, lo diré, sois nuestros hermanos y hermanas ; porque, al igual que vosotros, somos tambien nosotros criaturas del buen Dios, llamados á alabarle y bendecirle por toda la eternidad.

¡ Qué cosa tan hermosa, digna y acomodada á la naturaleza del corazon que hemos recibido de Dios, esta expansion y dilatacion de la Caridad !... Voluntariamente, al igual que Adan en el paraíso terrenal, y S. Francisco de Asis, abarcaríamos todas las criaturas en un inmenso amor, porque todas á su manera contribuyen á la gloria de Dios... El sol y esos enormes globos que, sostenidos por la mano del Altísimo, giran en la inmensidad del espacio, cuya extension no podrán jamás medir los mas grandes sabios, alaban á Dios á su manera. El gusanillo luciente que nace y muere sobre la hoja de la planta, atestigua tambien á su modo el poder y sabiduría del Omnipotente... Criaturas, en las cuales se refleja la bondad de Dios, yo os amo por el sér que Dios os ha dado ; y si tuvierais un alma que salvar y si pudierais sobrevivir á la muerte y destruccion, que os aguarda, os diría : « Vosotras sois mi prójimo. »

PROPOSICION. — Estas consideraciones, carisimos hermanos, nos llevarían muy lejos ; y mi intencion es hablaros simplemente esta mañana de este prójimo, que vive con nosotros sobre la tierra y que cumple como nosotros la peregrinacion de la vida...

DIVISION. — Os diré, pues, que debemos amar con amor de caridad, esto es, en órden á Dios : *Primeramente*, á todos los hombres ; *en segundo lugar*, á aquellos mismos que son nuestros enemigos. Y esto es lo que voy á demostraros.

Primera parte. — Estamos obligados á amar nuestro prójimo, á como á nosotros mismos. El mismo Jesucristo nos lo manda y á Jesucristo herimos y ofendemos, cuando tenemos odio ó mostramos

frialdad para con el prójimo... Para demostrar esta verdad, S. Agustín se servía de una comparacion ingeniosa y verdadera que trataré de explicaros. Decía, pues, el santo : todos los cristianos no forman mas que un solo cuerpo del cual Jesucristo es la cabeza y el capitán. Pero ¿ es verdadera esta afirmacion ?... Si, hermanos míos ; pues abro el Evangelio y encuentro en él estas palabras, pronunciadas por el mismo Salvador : Lo que habeis hecho con el mas pequeño de mis hermanos, á mí lo habeis hecho... ¹ En el día del juicio final dirá tambien á los justos : Tuve hambre y me disteis de comer ; tuve sed, y me disteis de beber ; venid, pues, á recibir vuestra recompensa... Enseguida volviéndose á los réprobos, les dirá igualmente : Vosotros fuisteis duros conmigo, no me socorristeis en mis necesidades... Sin embargo nuestro augusto Redentor está por encima de esas necesidades y miserias de la vida ; así es, que nos habla de esta manera, para demostrarnos la union íntima, que existe entre Él y los hombres, por quienes quiso morir.

Mas volvamos á la comparacion de S. Augustin. Si alguien, dice, queriendo daros un beso en la mejilla, os aplastaba los piés, en medio de esta demostracion de afecto ¿ no le diriais : Hombre, me haces mal ? — ¿ Cómo os hago mal ? No puede ser, pues mi intencion es daros una muestra de afecto. — ¡ Insensato ! ¿ No ves, que mis piés estan íntimamente unidos con la cabeza, y cuando los pisas é hieres, mi boca es la que se queja, y mi cabeza siente en cierto modo este dolor ² ?... No penseis, pues que ameis al Salvador Jesús, si no amais á vuestro prójimo. En vano os acercarais á la sagrada comunión, en vano le dariais al mismo Señor los testimonios del mas tierno amor, eso sería pisarle los piés, mientras pretenderiais abrazarle...

Así tambien, cuando S. Pablo, antes de su conversion, se apresuraba furioso por el camino de Damasco, para encadenar los cristianos, ¿ que le dijo la voz que le derribó en tierra ? — ¿ Por qué me persigues ? — ¿ Quién sois vos ? contestó el futuro Apóstol.

1. Matth. xxv, 40 et *passim* in *Evangelio*.

2. Tratado x sobre la 1ª Epístola de S. Juan.

— Yo soy Jesús, á quien tu persigues. — Pues bien, hermanos míos, nuestro divino Salvador había ya subido hacia su Padre, y no podía ser visiblemente perseguido en su persona. Por consiguiente consideraba como dirigida á sí mismo la persecucion de que iban á ser objeto sus discípulos... Ya veis, pues, que amando á nuestro prójimo, es el mismo Dios á quien amamos.

Una palabra sólo sobre el orden que debemos seguir en la caridad con el prójimo. Es necesario primero amarnos á nosotros mismos con amor de caridad, esto es, con relacion á Dios y á nuestra salvacion... No se trata aqui de ese amor propio, de ese amor de nuestras comodidades, que por desgracia nos es demasiado natural... La Caridad bien ordenada exige que, despues de Dios, amemos nuestra alma, nuestra salvacion eterna... Ved ahí el primer prójimo que debe sernos caro... Luego nos es permitido amar mas á los que nos tocan de mas cerca, padres, madres, hijos... Un párroco puede desear mas vivamente la salvacion de sus feligreses, que la de los demás cristianos... Porque decidme: ¿ nuestra parroquia no es nuestra familia? ¿ No hemos de dar cuenta á Dios de vuestras almas?... S. Pablo pronunciaba sobre este particular una frase bien extraña. Escribiendo, pues, á los fieles de Roma, le decia: La salvacion de mis hermanos y deudos segun la carne (los judíos) me es tan deseada y querida, que si fuese posible, daría mi vida y mi alma por ellos¹. Tales son, hermanos carísimos, los sentimientos que hacen vibrar el corazon de todo sacerdote celoso de la salvacion de las almas.

Asi es que, despues de nosotros y de los nuestros, debemos amar á todos los cristianos, deseando y procurando que todos se salven y glorifiquen á Dios por toda la eternidad. ¡ Ah, y cuán bien entendian los santos este amor de caridad! Escuchad lo que decia Sta. Teresa: « Si pudiese por medio de mis penitencias y austeridades enviar al cielo un alma, un alma sola, cualquiera que fuese, aunque la mas humilde y pequeña, de buena gana consentiría en padecer hasta el día del juicio todos los tormentos del purgato-

1. *Optabam enim ego ipse anathema esse Christo pro fratribus meis, qui sunt cognati mei secundum carnem.* (Roman. IX, 3.)

rio¹ ». Asi, hermanos míos, la caridad nos obliga á amar á todos los hombres por amor de Dios, á desear y procurar su salvacion en cuanto es de nuestra parte.

Segunda parte. — Pero ¿ es tambien cierto, que debemos amar á nuestros enemigos? Si, hermanos míos, y ahí está la parte mas sublime del nuevo mandamiento que Jesucristo dió á sus Apóstoles y discípulos, cuando les dijo: « Amaos los unos á los otros ». La ley que os doy, añadía este adorable Salvador, es mas perfecta que la antigua; ésta mandaba amar á los amigos, y yo os mando amar á vuestros enemigos y hacer bien á los que os quieren mal... Acaso me digais: « Pero ¡ si hay hombres tan malos y viciosos, tan ingratos y perversos! ¿ Cómo quereis que los ame? Esto es imposible; Me han hecho tanto mal... se me ha perseguido de una manera injusta; me han deshonrado con las mas asquerosas calumnias; no, jamás me entrará en el corazon tal ó cual persona... Decid lo que querais, ella no es, ni será, ni podrá ser jamás mi prójimo!... »

Ya lo oigo, hermanos carísimos, y quiero disimular ese modo de hablar, pues no ignoro que está inspirado por la naturaleza abandonada á sus propias fuerzas... Pero ¡ cuánto mas nobles, generosas y elevadas son las inspiraciones de la gracia!... Veamos, pues, los ejemplos, que nos da el mismo Dios, que nos dió Jesucristo; y enseguida hablarémos de los que nos han dejado los santos.

Decidme, cristianos ¿ hay acaso en todo el universo un sér mas desconocido, ultrajado, ofendido é insultado que nuestro buen Dios, que este dueño Soberano, que tiene á cada uno de nosotros colgado de su mano, que nos conserva el sér y la vida, y ante cuya inmensa grandeza somos menos, que un granito de polvo, que un vilísimo insecto?... ¡ Ayer, tal vez hoy mismo, habréis oido á una miserable criatura humana blasfemar su nombre santísimo!... ¡ Y Dios no se venga, le deja blasfemar!... Y nosotros mismos, hermanos carísimos, si el día, en que comenzamos á servirnos de

1. Jacobo Marchand, *Jardin des Pasteurs*, Tom. III pág. 520, Edicion Vives.

nuestra libertad para ofenderle, Él nos hubiera hecho lo que haríamos nosotros con la serpiente, que alza la cabeza para modernos, ah! habría ya mucho tiempo, que no estuviéramos aquí en la tierra... Mas no lo hace así, sino que el sol que obedece sus órdenes, sale todas las mañanas para alumbrar á los justos y pecadores, y la tierra, siempre fecunda y generosa, suministra tanto á los impíos como á los justos el sustento, de que todos necesitan. Decidme, pues, ¿no es verdad, que el Altísimo, el Todopoderoso ama á sus enemigos, pues los colma cada día de sus bienes? ¿No los sufre con suma paciencia, pues pudiendo aniquilarlos con una sola palabra, no lo hace? Pues bien, seamos, como lo decía nuestro divino Salvador, seamos imitadores de nuestro Padre celestial¹...

He hecho también mención de Nuestro Señor Jesucristo; Ah! responded, por poco que conozcáis su vida y la historia de su Pasión... ¿Es que no amó Él á sus mayores enemigos?... Ven, Judas, ven á abrazar á tu Maestro, á darle el beso, que debía ser la señal de la traición. Él sabe lo que haces, conoce perfectamente tu perfidia, y sin embargo te acogerá con palabras llenas de ternura. Él te llamará amigo; *Amice!*... Judíos, que le perseguís, sayones, que le claváis en cruz, vosotros no oiréis, que salga de su boca una sola palabra de odio ó maldición. No, estaba predicho por el Profeta: « En medio de todos los suplicios y escarnios Él no abrirá su boca, como el inocente cordero que llevan al matadero²... » Pero ¿qué digo?... Profeta, os quedasteis muy por debajo de la verdad... Quizás el Espíritu Santo no os había revelado todo el amor, toda la mansedumbre, que debía mostrar nuestro augusto Redentor... Él no se contentó de callar, pues el mismo Evangelio lo afirma... Cuando la cruz fué levantada y Él apareció colgado allí por cuatro clavos, cuando aquellos Fariseos y Escribas que habían maquinado su muerte, le abrevaban de tormentos é insultos y saciaban su furor en su agonía, entonces Jesús abrió su boca para

1. Matth. v, 44 y sig.

2. Isaias, LIII, 87.

dirigir una súplica á su Eterno Padre; y esta súplica fué una nueva efusión de su misericordia y amor. « Padre mío, exclamó, perdonadlos, porque no saben lo que hacen. »! Ah, cristianos! si Jesús nos manda perdonar á nuestros enemigos y amarlos, ¿no tiene acaso derecho para mandarlo; y no ha sido él el primero en darnos ejemplo de ello?

Uno ó dos rasgos van á demostraros, hermanos carísimos, como los Santos han practicado este precepto del amor á los enemigos... No hablemos de S. Estéban que, aplastado por una lluvia de piedras, decía como su divino Maestro: « Señor, no les imputeis ese pecado. » Y si hemos de dar crédito á S. Agustín, esa súplica fué la que mereció á S. Pablo la gracia extraordinaria de su conversión¹... Hé aquí un mártir, S. Sabino². El procónsul Venustiano acaba de hacerle cortar las dos manos; pero de golpe, por uno de esos prodigios, que tan frecuentes eran en tiempo de los mártires, el perseguidor se siente súbitamente herido y suplica á su víctima, que interceda por él. Sabino, como verdadero discípulo del divino Salvador, levanta hacia el cielo, no ya sus manos que estaban cortadas, sino sus brazos mutilados y sangrientos y recaba para su enemigo y perseguidor el doble beneficio de la curación y conversión... Otro ejemplo todavía, y lo tomo de la vida de Sta. Catalina de Sena. Mirad á esa virgen, joven aun, dirigiéndose al hospital para curar con sus manos y suministrar los más tiernos cuidados á una vieja leprosa. Pobre virgen! si supieses como te trata esa enferma, lo que cuenta de ti, las calumnias, con que empaña tu honra, el odio, que te profesa, acaso no irías á prodigarle sus cuidados, pues te faltaría valor para hacerlo... Pero la Santa lo sabe todo, y no vé en la enferma más que á Jesucristo. La enemistad que la tiene aquella infeliz no la hará retroceder, y la santa perseverará durante meses y años enteros en prodigarle las muestras del más tierno cariño, bien que sus servicios sean recompensados con repetidas injurias; lo repito, la santa sólo verá á Jesucristo en esa

1. Jacobo Marchand, *Jardin des Pasteurs*. Liv. III, de la Charité.

2. Baronio, *ad Annum* 301.

enferma, ingrata y malévola, y su ardiente caridad acabará por ganar para Dios el alma de aquella desventurada ¹.

Ya os he hecho notar, carísimos hermanos, que esta santa veía en aquella miserable leprosa á Jesucristo, esto es, un alma redimida con su sangre y llamada á la gloria del cielo. Lo mismo debemos tambien ver y contemplar nosotros en nuestros enemigos, en los pecadores y en el prójimo, sea el que sea. Una comparacion os pondrá en claro mi pensamiento. Suponed que tengo en mis maos dos crucifijos y que el uno sea de plata y el otro de yeso ó madera. Sin duda que vosotros prefeririais el de plata, porque es de mas valor... Así nosotros hemos de amar con preferencia á los justos, porque ellos son las imágenes que tienen mas semejanza con el Salvador... Pero, ¿no seríamos unos impíos é incrédulos si hollábamos con desprecio et crucifijo de madera?... ¿No debemos tenerle igualmente veneracion? ¿No es tambien la imagen del Salvador. Asi, hermanos carísimos, hemos de estimar con amor de caridad los malos y á los mismos impíos, porque ellos tienen un alma hecha á imagen de Dios, porque Jesucristo ha muerto por redimirlos, y porque en fin pueden ellos llegar á ser nuestros compañeros, amigos y vecinos allá arriba en los cielos.

Peroracion. ¡ Dichoso, mil veces dichoso el cristiano que posee un corazon ancho, generoso y lleno de amor hacia su prójimo! ¡ Dichoso sobre todo aquel que sabe amar con amor de Caridad hasta á sus mas encarnizados enemigos! Ese tal se encuentra en el buen camino y la experiencia nos enseña, que Dios le recompensará con gracias extraordinarias su sumision á la Ley que nos manda amar hasta á nuestros enemigos. Hé aquí una prueba de ello. Un jóven caballero iba á vengar una grave injuria recibida de un enemigo suyo. Cubierto de sus armas encuentra á ese enemigo en el estrecho de un monte; el deseode venganza hierve en su corazon, saca pues su espada... ¿Y qué va hacer? Dios mio Era el día del Viernes santo, el enemigo desarmado extiende sus brazos en cruz, como para recordar mejor al Dios de misericordia, que había

1. Véase la vida de Sta. Catalina de Sena en Surio y en sus varios historiadores.

perdonado hasta sus propios verdugos. El jóven caballero se muestra indeciso; pero en fin, la gracia triunfa en su corazon, mete la espada dentro la vaina; abraza llorando á su enemigo y le perdona... Con el corazon conmovido entra en una Iglesia cercana, y la imagen de Jesucristo, desuniéndose en cierto modo de la cruz, en la cual estaba clavada, se digna hablarle, y la gracia corre á torrentes dentro de su alma... Este jóven caballero abandona entonces su vida mundana y vino á ser el santo ilustre, que la Iglesia venera bajo el nombre de S. Juan Gualberto ¹... Por consiguiente, hermanos carísimos, si nuestra caridad se muestra dilatada y generosa, si no solamente perdonamos, sino que tambien amamos á nuestros enemigos, Dios nos premiará esta Caridad, perdonándonos á su vez y amándonos con aquel amor inefable, que es causa de nuestra predestinacion... Así sea.

DÉCIMA SEPTIMA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DECIMA QUINTA INSTRUCCION.

QUÉ DEBE EVITARSE Y QUÉ SE HA DE PRACTICAR PARA TENER LA CARIDAD.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete; quod est vinculum perfectionis.* Mas sobre todo tened caridad, que es vinculo de perfeccion.

(EPIST. AD COLOSS. C. III, V. 14.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al hablaros de la Caridad que debemos tener, hasta con nuestros enemigos, se me pasó por alto una prueba, ó mejor dicho una comparacion que voy á daros, la que

1. Vida de S. Juan Gualberto.